

cer? ¡Destrozarle la cabeza! Bah, no vale el cartucho que pierdo.

Cerca de diez minutos habían transcurrido desde que el tren había descarrilado.

Era mucho.

Había, sin pérdida de tiempo, que alejarse lo más pronto posible, pues los soldados del puesto vecino no tardarían en ir en socorro del tren descarrilado.

Van Berkel dió orden de marchar.

Viendo la tropa tomar el galope hacia la montaña llevando el tesoro, aquellos millones que él había creído por un momento suyos, el vizconde dió un grito de rabia.

Con los brazos abiertos y la garganta silbante se lanzó en persecución de los fugitivos.

Durante algún tiempo, éstos oyeron detrás de ellos blasfemias, imprecaciones, roncocos alaridos.

Después las imprecaciones, los gritos, llegaban menos claros y por último, cesaron.

Muerto por la fatiga, con los pies ensangratos con las asperezas de las rocas, el miserable había detenido su carrera.

Vencido, pataleante, montón de carne que sacudían á intervalos sobresaltos dolorosos, había llegado á los bordes de un precipicio.

## XII

Nuestros amigos caminaban á buen paso.

Al amanecer atravesaban el río Komta; á las ocho de la mañana franqueaban la frontera portuguesa, torcían hacia el Sudeste y atravesaban el territorio café del mediodía.

El calor era tórrido; el sol dejaba caer sus rayos perpendiculares, haciendo estallar las rocas, incendiando las plantas, aniquilando toda vegetación.

Los caballos, después de largas horas de camino, estaban fatigados; empezaban

á encabritarse y sus jinetes tenían que emplear prodigios de dirección para impedir que se cayesen.

—No nos alcanzaremos á Kosy-Bay—exclamó Van Berkel—, se impone una parada.

—¿Y si somos perseguidos? ¿Si los ingleses vienen tras de nosotros?

—Poseemos sobre ellos un adelanto de cuatro horas de caballo á lo menos. No pueden seguirnos porque las pistas no se descubren tan fácilmente en tiempo de sequía.

—Entonces os proponéis...

—Me propongo dedicar dos horas al descanso. Nuestros caballos tienen necesidad de él. Bien pronto se negarán avanzar, ó reventarán bajo nuestro peso.

—¡Van Berkel, nuestra suerte está en vuestras manos!...

—En cuanto lleguemos á un sitio donde podamos atrincherarnos contra toda sorpresa, nos detendremos.

Todos comprendieron la necesidad de una parada. A toda costa había que cuidar de las bestias.

La proposición de Van Berkel fué aceptada por unanimidad.

—¿Y este sitio en que podamos atrincherarnos?—preguntó Arístides.

—¡La caverna de los gigantes!

—¿La quinta donde fué depositada la carga de la goleta?

—La misma.

La posición es bien escogida; casi inexpugnable.

—Desgraciadamente, hemos hecho mejor que defender una posición; importa ante todo poner á las mujeres y al tesoro en sitio seguro.

Y dirigiéndose al americano:

—¿Podemos contar con vuestro «yacht» y con vuestro mecánico?

—«La Florida» es de mi propiedad. John